

JOSÉ M. SEVILLA, *El espejo de la época. Capítulos sobre G. Vico en la cultura hispánica (1737-2005)*, La Città del Sole, Napoli, 2007. 676 páginas.

[E]n la historia —como ocurre con la música o con la elocuencia o con la política— el silencio es tan interpretable como el sonido o la palabra (p. 191).

El espejo de la época lleva a cabo un recorrido por la recepción del pensamiento de Giambattista Vico (1768-1844) en la cultura hispana desde el siglo dieciocho hasta la actualidad. José Manuel Sevilla se detiene en la impronta que la obra del napolitano fue dejando entre algunos de los principales intelectuales que pensaron desde esta cultura. Constituye el resultado de un minucioso trabajo de investigación al que el filósofo sevillano lleva dedicando los últimos treinta años.

Sevilla ha realizado y realiza un encomiable trabajo en torno al estudio y recuperación del pensamiento y obra de Vico en lengua castellana. Desde la publicación de su primera obra dedicada al napolitano, *Giambattista Vico: Metafísica de la Mente e Historicismo Antropológico* (1988), y dos años después la fundación del Centro de Investigaciones sobre Vico en la Universidad de Sevilla, el filósofo sevillano no ha cesado en su empeño. Ejemplo de ello es la revista Cuadernos sobre Vico que él mismo dirige, y que recoge magníficas elaboraciones de eminentes intelectuales a nivel internacional en torno al filósofo italiano.

El ánimo implícito en *El Espejo de la época* es la exposición del desarrollo intelectual hispano, a partir de la acogida e interpretación que tuvo en cada momento la obra de Vico. De ahí que para Sevilla sea tan importante la *presencia* como la *ausencia* de sus ideas. Ambas nos acercan al *curso* (y *recurso*) de la evolución del pensamiento¹. A través de sus páginas podemos apreciar la recepción que tuvo la alternativa viquiana frente a la modernidad cartesiana imperante desde finales del siglo diecisiete.

Se adv[ierte] a la viquiana como una *modernidad* diferente (*divergente*), si no pluridimensional al menos sí bidimensional y multiversal, la cual rompe la imagen tópica —comúnmente aceptada— que asume unívocamente la modernidad a la perspectiva unidimensional y monocorde cartesiano-ilustrada-idealista que mediante el tropo retórico de la sinécdoque designa el todo (*modernidad*) con una de sus partes (“cartesianismo”) (p. 29).

A día de hoy, en que la salida cartesiana ha dejado yermo el pensamiento frente

¹ Refiriéndonos al vocablo *evolución* en los términos en los que se hará en el propio libro. En palabras de Emilio LLEDÓ: “La idea de evolución supone cambio y, la mayoría de las veces, superación. Pero la evolución, en sí mismo, no quiere decir necesariamente que los niveles que marcan el proceso hayan de estar siempre a una altura superior al de los niveles anteriores”. “Sobre los orígenes de la filosofía de la historia”: *Convivium*, n.º 41 (1974). Citado en p. 256.

a las necesidades que acucian a los ciudadanos en la política cotidiana, Giambattista Vico nos ofrece una posibilidad de comprendernos a nosotros mismos de una forma mucho más democrática. Reivindica las capacidades del ciudadano más allá de sus facultades racionales. A partir de esta percepción sin mutilaciones elabora su *ciencia nueva*. Guiado por la máxima *Conócete a ti mismo*², el napolitano se embarca en el estudio del *foro interno* y, a través de su descubrimiento de la fantasía³, en las diferentes formas que esta adopte, y

los caracteres poéticos, llegar hasta el principio del *verum ipsum factum*⁴. Frente a la razón cartesiana que pretende equiparar el método de conocimiento de las ciencias de la naturaleza al de las ciencias sociales y humanas⁵, Vico reivindicará que el ser humano sólo puede llegar a comprender aquello que él mismo ha creado. Puesto que el mundo de las naciones ha sido creado por el propio hombre, podemos llegar a conocerlo “a través de las modificaciones de nuestra propia mente”⁶. En su viaje por el estudio de los “surgi-

² Esta máxima es utilizada por Vico en varias ocasiones a lo largo de su obra. En concreto, su “Oración Inaugural I” se dedica a reflexionar en torno a la misma. Giambattista VICO, *Obras. Oraciones inaugurales y De la antiquísima sabiduría de los italianos*, trad. de Francisco J. Navarro Gómez, Anthropos, Rubí, Barcelona, 2002, pp. 3-13.

³ Donald Philip VERENE distingue en la *Ciencia Nueva* viquiana dos tipos de fantasía —véase “La filosofía de la imaginación en Vico”, en Giorgio TAGLIACCOZZO, Michael MOONEY y Donald Philip VERENE (comp.), *Vico y el pensamiento contemporáneo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, p. 31—, que José M. Sevilla denominará como *fantasía creadora* y *fantasía reminiscente*. José M. SEVILLA, “Universales poéticos, fantasía y racionalidad”: *Cuadernos sobre Vico*, nº. 3 (1993), pp. 72ss. Otra magnífica elaboración en torno a la fantasía a partir de una minuciosa lectura de Vico puede apreciarse en el trabajo realizado por Ernesto GRASSI en: *El poder de la fantasía. Observaciones sobre la historia del pensamiento occidental*, Anthropos, Rubí, Barcelona, 2003.

⁴ Sólo se puede llegar a conocer aquello que uno mismo ha creado. Esta idea la desarrolla Vico a lo largo de su obra sobre la antiquísima sabiduría de los italianos. VICO, *Obras. Oraciones inaugurales y De la antiquísima sabiduría de los italianos*, pp. 129-192 y, especialmente, pp. 140-143. Posteriormente, retomará la idea en su *Ciencia Nueva*.

⁵ Al respecto de esta crítica viquiana al método de conocimiento cartesiano, véase su oración inaugural “El sistema de los estudios de nuestro tiempo”, en: Giambattista VICO, *Elementos de retórica: El sistema de los estudios de nuestro tiempo y Principios de oratoria*, ed. de Celso Rodríguez y Fernando Romo Feito, Trotta, Madrid, 2005, pp. 67-68. Hay otra traducción al castellano incluida en VICO, *Obras. Oraciones inaugurales y De la antiquísima sabiduría de los italianos*, pp. 74-126.

⁶ “[E]n tal densa noche de tinieblas en la que se encuentra cubierta la primera y para nosotros antiquísima antigüedad, aparece esta luz eterna, que nunca se oculta, esta verdad, que no se puede de ningún modo poner en duda: que este mundo civil ha sido hecho ciertamente por los hombres, por lo cual se pueden, y se deben, hallar los principios en las modificaciones de nuestra propia mente humana. Por lo cual, cualquiera que reflexiona sobre ello, debe asombrar el que todos los filósofos intentaran seriamente conseguir la ciencia de este mundo natural, del cual, puesto que Dios lo hizo, Él solo tiene la ciencia; y, sin embargo, olvidaran meditar sobre este mundo de las naciones, o sea, mundo civil, del que, puesto que lo habían hecho los hombres, ellos mismos podrían alcanzar

mientos, progresos, estados, decadencias y fines” de las naciones, aportará su teoría de los *corsi* y *ricorsi*, en una forma de comprender tanto al ciudadano como a la ciudad que pone en entredicho la concepción de una continua progresión rectilínea⁷.

Sevilla parte de la consideración de que la recepción, esto es, la *ausencia* o *presencia* del pensamiento viquiano en las diferentes épocas de la cultura hispana, está determinada por el entorno en el que dichas ideas se reciben: “[L]a presencia de Vico en el ámbito hispánico emerge siempre en un contexto problematicista y de innovación de ideas; y bajo esta luz ha de ser considerada la suerte que haya sufrido” (p. 35). Así, en la primera parte del libro, dedicada al siglo dieciocho, las reflexiones de Ignacio de Luzán (1702-1754) en torno al napolitano dan muestra de una escasa y débil recepción (p. 41). Del mismo modo, la *Idea de una nueva Historia general de la América Septentrional* de Lorenzo Boturini (1702-1753), realizada bajo la influencia del pensamiento viquiano, será objeto de múltiples recelos (pp. 43ss.). Aunque podemos apreciar que ya en vida del filósofo napolitano se tuvo constancia en la cultura hispánica de su pensamiento (p. 35) y este ocupó cierto lugar en los debates intelectuales de la época, el dominio intelectual del racionalismo no dio cabida a una lectura comprensiva de su obra (pp. 55ss.).

En la segunda parte, dedicada al siglo diecinueve, la recepción viquiana se enfo-

ca a partir de las dos principales vertientes políticas de la época: “la *liberal*, secularizada y aperturista, y la *católica*, religiosa y tradicionalista; no implicando este esquema un sincretismo dualista ni una categorización literal” (p. 73). Ejemplo de esta ausencia de sincretismo o categorización puede ser el “reconocimiento [en Vico] de un pensamiento profundo” (p. 136) por Jaime de Balmes (1810-1848) desde el catolicismo. En todo caso, desde ambas vertientes el napolitano es leído por destacados intelectuales: Zeferino González y Díaz Tuñón (1831-1894), Nicolás M. Serrano (1841-1899), Juan Donoso Cortés (1809-1853), Ramón de Campoamor (1817-1901), Juan Valera (1824-1905) o José Moreno Nieto (1825-1882), entre otros. La principal imagen de Vico atañe a su “rol de precursor histórico, adelantado a su siglo” (p. 477), tanto desde el lado de sus detractores (principalmente católicos), como desde el de sus admiradores (fundamentalmente de tendencia liberal). Estos dos frentes (católicos y liberales) “se constituyen, en cierto modo, en categorías de interpretación histórica”, tradición y modernidad, pudiéndose “apreciar desde el mismo ‘caso Vico’ elementos decisivos para comprender de manera más precisa la dinámica del mismo siglo que en él se espeja” (p. 116). Pero, pese a la apreciación de modernidad en la alternativa representada por el napolitano, el pensamiento decimonónico se subyugará a la vertiente cartesiana imperante. De ahí que se pueda observar cierta falta de comprensión de la

la ciencia”. Giambattista Vico, *Ciencia Nueva*, trad. y notas de Rocío de la Villa, Tecnos, Madrid, 2006, p. 177, (par. 331).

⁷ Ibid., p. 731, (par. 1096).

propuesta viquiana. Véase, por ejemplo, la interpretación de admiradores como el primer Donoso o Campoamor con respecto a las tres edades (de los dioses, de los héroes y de los hombres) de la civilización como una fórmula cíclica cerrada (pp. 104ss.), sin percibir o haber prestado atención a la importancia que tiene para Vico el contexto circunstancial en el que tienen lugar los acontecimientos, o las vidas mismas, algo que los dota de su propia particularidad⁸.

A principios del siglo veinte, la aparición de Vico en el debate intelectual hispano viene de la mano de destacados intelectuales de variada raigambre ideológica, como José Ortega y Gasset (1883-1955), Miguel de Unamuno (1864-1936), Agustín Yáñez (1904-1980) o Ramiro Ledesma (1905-1936). En este siglo el pensamiento hispánico continuará su dirección hacia el racionalismo, representando este un obstáculo frente a la consideración de otras posibilidades. En el ámbito español, a partir de la década de los treinta la fortuna de Vico, nuevamente paralela a los acontecimientos, estará marcada por la primacía de la perspectiva católica y tradicional (p.

269) —aunque, como siempre, con excepciones, como la de Ciriaco Morón Arroyo o Eugenio Imaz (1900-1951), si bien ambos desde el continente americano—. No será hasta la década de los setenta cuando, junto a la libertad, empiecen a florecer nuevas e ingeniosas líneas de estudio sobre el napolitano. A partir de esta década el libro ve aminorada su capacidad para estimular el pensamiento como tal. Son tantas las menciones a autores y obras realizadas que el lector termina abrumado ante tanta información —información que, aunque de gran valía, toma una forma poco pausada—. Aun con todo, esta parte constituye un referente para todo estudioso que quiera reflexionar en torno a los escritos viquianos, dada la rigurosa compilación llevada a cabo, citándose, desde un profundo conocimiento, a autores de la talla de Pietro Piovanni (1922-1980) o Ernesto Grassi (1902-1991). Incluye, además, un recorrido detallado a través de diversas disciplinas⁹.

En la última parte Sevilla hace una parada en la “recepción especial en filósofos de la crisis”, deteniéndose, por un lado, en Ortega y Gasset e Imaz y, por otro, en

⁸ “La naturaleza de las cosas no es sino su crecimiento en cierto tiempo y con ciertas circunstancias, las cuales, siempre que son tales, así y no otras nacen las cosas”. *Ibid.*, p. 119.

⁹ Este enfoque disciplinar pone de manifiesto lo acertado del consejo con el que Vico exhortaría a sus alumnos acerca del enriquecimiento que supone para todo estudio afrontarlo desde una perspectiva multidisciplinar. “Las artes y las ciencias, que la sola filosofía contenía como bajo un solo espíritu, se encuentran hoy divididas y disgregadas... así su formación es tan confusa y desordenada que, aunque sean doctísimos en los diversos campos, no son coherentes con la suma conjunta, que sería la flor de la sabiduría. Por ello... querría que los profesores universitarios concertasen un único sistema de todas las disciplinas... para obtener una doctrina conforme a todas sus partes”. VICO, *Obras. Oraciones inaugurales y De la antiquísima sabiduría de los italianos*, pp. 124-125.

Francisco Romero (1891-1962), Joaquín Xirau (1895-1946), Leopoldo Zea (1912-2004) y José Ferrater Mora (1912-1991). Destaca la comprensión de la obra viquiana abordada por Imaz, quien presenta una sensibilidad especial para interpretar al napolitano que va más allá de lo acontecido en su época (pp. 499-512). En contraposición, encontramos la interpretación orteguiana, imbuida por los prejuicios de este filósofo, no sólo sobre Vico, sino sobre el pensamiento mediterráneo¹⁰. Ortega no llega a profundizar en la obra del napolitano, quedándose en un primer estadio de mera crítica. Curiosamente, al mismo tiempo, Sevilla pone de manifiesto sus dudas con respecto a que este llegara a leer la *Scienza Nuova* (pp. 478, 479 y 482). Y es que, como diría en su momento Jules Michelet (1798-1874), “Vico es un autor más citado que leído” (p. 251). Sin duda, el ingenio de la obra y pensamiento del napolitano ha representado, y aún hoy representa, un límite para su estudio¹¹. Supone un desafío a la comprensión,

vigente hoy en día, de nosotros mismos y de la vida, difícil de afrontar. Esto ha determinado muchas de las críticas que ha recibido el napolitano, así como su propia ausencia. “[L]a razón fundamental de este olvido es la misma que se ha señalado para explicar la poca difusión del pensador napolitano en otras naciones europeas’: el predominio frente a las humanidades del ideal matematizante de las ciencias tras Descartes (p. 251)”¹². Para entender a Vico es necesario escucharle, pararse a pensar junto a él. Como diría Manuel Durán y Bas (1823-1907), “hay que dejarle hablar” (p. 176). Y, añadimos, más que hablar, *decir* en el sentido retórico. Aun con todo, “llama la atención no tanto la mayor o menor cantidad de recepciones y tratamientos sobre Vico, sino el hecho de que, frecuentemente, estas vengan de la mano de importantes figuras del pensamiento de cada época” (p. 28). De ahí que su reflejo en el espejo de cada tiempo sea determinante a día de hoy para comprender nuestra actualidad política. Todos aquellos que

¹⁰ “A juicio de Ortega, si de las ‘alturas’ del pensamiento de Leibniz, Kant o Hegel, ‘descendemos por las laderas de la ideología mediterránea, llegamos a descubrir que es característica de nuestros pensadores latinos una gentileza aparente, bajo la cual yacen, cuando no grotescas combinaciones de conceptos, una radical imprecisión, un defecto de elegancia mental, esa torpeza de movimientos que padece el organismo cuando se mueven en un elemento que no le es afín’. Conforme a esta imagen, Vico le parece a Ortega un significativo caso de exceso de *mediterraneidad* y un ejemplo de la característica propia del *confuso* pensamiento de nuestros ‘latinos’” (p. 474). Las palabras entre comillas simples corresponden a *Meditaciones sobre el Quijote* (1914), en José ORTEGA Y GASSET, *Obras completas*, vol. I, Alianza Editorial – Revista de Occidente, Madrid, 1983, p. 345.

¹¹ Buen ejemplo de esta limitación resultan las críticas realizadas por el mencionado Balmes a la obra del napolitano, las cuales describen “la imagen de un lamento ante la incapacidad para ligar la genialidad del sistema viquiano con la propia doctrina metafísico-teológica” (p. 94).

¹² Las palabras que aparecen entre comillas simples en la cita corresponden a Ciriaco MORÓN ARROYO, “Notas sobre Vico en España”: *Forum Italicum*, II, n.º 4 (diciembre 1968), p. 513.

hayamos sido persuadidos por la *magia* viquiana no dejaremos de apreciar el trabajo llevado a cabo en este libro por el filósofo sevillano, y es que “tarde o temprano el *devenir* de la historia da razón de

la vigencia de aquello que tal vez ocultaba” (p. 30).

MARTA JUDITH MARTINEZ-PARDO